

N PREMIO
NADAL
2015



José C. Vales
Cabaret Biarritz



DESTINO

Cabaret Biarritz

José
C. Vales

Premio Nadal de Novela 2015

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1327

© José C. Vales, 2015
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria

© Ediciones Planeta, S. A., 2015
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-233-4928-9
Depósito legal: B. 982-2015
Impreso por Unigraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

INTRODUCCIÓN

GÉNESIS, OLVIDO Y RECUPERACIÓN

DE LAS «ENTREVISTAS DE BIARRITZ»

Edición y traducción de Eliazer Marcos Inxausti 15

1. Léonard Montagnard

De *La Petite Gironde*, Burdeos 29

2. Odette (Elise Vsard)

Gouvernante del Château Basque
(Villa Belza) 39

3. Martine T.

Servicio doméstico 53

4. Marcel Galet

Fotógrafo 72

5. Anatole Billard

Gendarmería 86

6. Gedeon Wilcox

Rentier 97

7.	Georgina Jane Whilters (<i>Gina-Jane</i>) Artista	117
8.	Lili Bailarina en Les Sirènes à Biarritz	127
9.	Marcel Galet Fotógrafo (<i>continuación</i>)	139
10.	Démosthène Urruticoetxea-Blas Secretario judicial	150
11.	Gaston Enterrador	158
12.	Midas Trémonceau <i>Maître bijoutier</i>	166
13.	Sarah Chambers Pintora	179
14.	La señora (Matilda) Prie Cocinera	196
15.	Gérard Gau (GG) <i>Entrepreneur culturel</i>	206
16.	Bénédict Souillon <i>Valet de chambre</i> de Charles Fevert	221
17.	<i>Sœur</i> Marie-Béthanie (<i>née</i> Margulee DuPont) Hermana del monasterio de Notre- Dame de Magescq. Hija del juez DuPont	233

18.	Pauline Bellay <i>Femme distinguée, Biarritz</i>	250
19.	Pascaline Saint-Barthélemy Montañera alpinista	263
20.	Marcel Galet Fotógrafo (<i>continuación</i>)	276
21.	Françoisette Servicio doméstico	286
22.	Dr. Lucius Sile Médico	296
23.	Honorine Pel Propietaria de la pensión Métropole	305
24.	Maurice DuThiers Gendarmería	320
25.	Tessa Bailarina en <i>Les Sirènes à Biarritz</i> (1924-1927) Catedrática de Filosofía en *** (1936-1942)	332
26.	Jérôme Lacadée Superintendente de aduanas, aranceles, paquetería y envíos postales en la estación de ferrocarril de Biarritz	343
27.	Léon Vignemale Piloto de globo aerostático	353

28.	Climent de Jaulerry Director de la hemeroteca de Biarritz y presidente de la Antique Société Littéraire de Biarritz	363
29.	Olivia Czewolski Wüschzlandau und Hø	384
30.	Marcel Galet Fotógrafo (<i>continuación</i>)	405
31.	El formidable Khalil Kimal (Antoine Rénard) Lanzador de cuchillos	418
32.	Mathias DuPont Magistrado juez emérito en Saint-Denis, isla de Reunión	432
33.	Paul Villequeau (Vilko) Reportero	442
	ADENDA	
	« <i>Le présent n'était pas nécessaire</i> »	443

I

M. Léonard Montagnard

De *La Petite Gironde*, Burdeos¹¹

Los periodistas, los sepultureros y los gusanos somos los únicos que sacamos provecho de los muertos. Y en aquella época, a mí los muertos me venían muy bien, qué quiere que le diga. Una cosa le puedo asegurar: los periodistas sabemos mucho de muertos. No todos los muertos son iguales, aunque los poetas hablen de la igualdad de todos los hombres en la muerte y esas tonterías. Blablablablablá... No es lo mismo un muerto común, digamos, por pulmonía o por la gripe española, que un muerto al que le han rebanado el cuello con un corvillo; del mismo modo que no es lo mismo un muerto en los caminos de Auvernia que en un palacio de París. Para nosotros, los muertos valen también lo que valieron en vida: un rey nos da (al sepulturero y a mí) más dinero que un mendigo. Y si me apura, también los ricos proporcionan más alimento a los gusanos: al respecto, un orondo y opulento potentado no tiene comparación con un miserable famélico. Esa his-

11. *La Petite Gironde* era el periódico más importante del suroeste de Francia y gozaba de una larga trayectoria histórica que se remontaba a su fundación en 1872. Propiedad de la familia Chapon-Gounouilhou, a lo largo de su andadura colaboraron en sus páginas firmas de enorme prestigio, como Bénac, Bauër o Maurois. (*Todas las notas son del traductor, salvo cuando se indica*).

toria repetida de que la muerte iguala a todos los hombres es... un cuento para espíritus cristianos. Un muerto ilustre, qué sé yo, como Goethe o Napoleón o Mozart o el apóstol Santiago, por ejemplo, sigue proporcionando dividendos a periódicos, editoriales, librerías, revistas, y las ciudades donde están enterrados naturalmente obtienen sustanciosos beneficios de los turistas y los visitantes que acuden a sus túmulos como devotos peregrinos. La gente habla de los muertos como si nada, sin embargo... Piensan que son ceniza, y nada más: pregúnteles a los impresores de París si Victor Hugo no es más que cenizas. Por otro lado, también es muy importante la forma de morir: porque el muerto puede ser un mendigo, o una prostituta, pero si mueren en su cama... ¿a quién le importa, sino al arrendatario que se ha quedado sin los diez francos semanales del alquiler? Sin embargo, si aparecen con las tripas fuera y se desconoce la identidad del asesino... la cosa tiene más interés. Y más interés significa más venta. Y más venta significa más felicidad. Por eso los muertos me venían muy bien.

Pero supongo que no le interesarán mucho mis teorías sobre los muertos. Aún tengo otra. ¿Quiere escucharla? Pues tengo para mí que los muertos huelen peor cuanto más infames hayan sido sus vidas. ¿Por qué cree que los santos huelen a flores cuando se mueren? Bueno, eso está en todos los libros: estúdielo usted, si no me cree. En muchas abadías y en monasterios de hombres píos, cuando por cualquier circunstancia han tenido que abrir las fosas de los santos varones que allí se habían enterrado, se han constatado vaharadas de perfumadas esencias, como de rosas y jazmines; y se

asegura que los enterradores y sepultureros a veces se han desmayado debido a la santidad que desprenden esos vapores. Precisamente tenía yo un libro por aquí que contaba todo eso con mucha eficacia... ¿No le interesa? Bueno, si no le interesa...

¿Y qué le interesa, entonces? Ah, sí... *eso*. Ya. Hum...

Le puedo decir que en aquella época yo era jefe de sección en *La Petite Gironde*, y como no sólo vendíamos el periódico en Burdeos, sino que lo distribuíamos por todo el sur, hasta Marsella, yo me ocupaba de buscar las noticias más interesantes de la región de la Gironde, de las Landas, de Gers y otros departamentos. Teníamos librerías, quioscos y franquicias en casi todas las ciudades de importancia del sur: en aquella época *La Petite Gironde* era un diario de primera categoría, ¿sabe usted? Como todos los periódicos de la época, nosotros dedicábamos mucho espacio a las nuevas modas políticas de Italia y Alemania, y a las hambrunas rusas, y todo aquello, pero a la gente le interesaban más las aventuras y las expediciones, como la de aquel inglés que quiso subir el Everest, o las aventuras en Egipto o... Sí, en aquel entonces se llevaba mucho la cosa egipcia. Pero, en fin, un periódico regional como el nuestro tenía también la obligación de ocuparse de las pequeñas historias de nuestros pueblos. A la gente de provincias le interesa saber quién se muere. No es como en París, donde tanto da que se muera uno u otro. En provincias es importante. Lo de los muertos, digo.

Un caso aparte era Biarritz, claro. Durante el verano, Biarritz era el centro del mundo. El señor Fores-

tier, que era el subdirector del periódico y tenía úlcera de estómago, siempre parecía nervioso y angustiado por todo lo que ocurría en Biarritz. Había que averiguar si había llegado alguien de importancia al Hôtel du Palais o al Hôtel d'Angleterre, si se había visto a alguna beata española en Sainte Eugénie, si algún conde polaco se había arruinado en el casino de Bellevue o si se le había visto algo más que las pantorrillas a alguna desvergonzada y noble parisina en la Grande Plage. Todos los días, después de que yo le presentara las noticias y los breves del Tarn o de Aveyron, el señor Forestier me preguntaba: «¿Algo nuevo por Biarritz?».

Hubiera o no algo nuevo por Biarritz, rara vez podíamos anunciarlo, porque aunque llegara al Hôtel du Palais un vizconde ruso o un *sire* escocés o una *contessa* italiana, sus nombres eran tan largos y tan incómodos que el linotipista siempre se enfurecía, gritaba y pataleaba, y se negaba a componer aquellas retahílas atestadas de tes, eses, uves dobles, erres y zetas. Odiaba sobre todo el alemán y aseguraba que los austrohúngaros y los prusianos habían perdido la Gran Guerra porque eran incapaces de entenderse en esa endemoniada lengua. Un linotipista irritado es un horror.

A nuestros lectores, en cualquier caso, les interesaban menos los acontecimientos sociales y más los crímenes. Pocas cosas excitan tanto la curiosidad y las emociones como los asesinatos, los suicidios, las largas enfermedades, la miseria con horrible final, las grandes epopeyas de la desgracia, la apoteosis funeraria... Todos los periódicos de aquella época —y de la nuestra— recorrían los caminos de Francia como sabuesos

buscando una pasión criminal, un degüello amoroso, una envidia asesina, un rencor homicida, un suicidio heroico... Había por aquel entonces una ley no escrita, según la cual los periódicos debíamos ofrecer ese tipo de noticias a modo de folletín, de modo que las historias se alargaran durante el verano, durante las fiestas navideñas, a lo largo de varias semanas... Naturalmente, los crímenes más interesantes, con sus respectivas investigaciones, los dejábamos para el verano. A nuestros lectores les gustaba disfrutar del periódico en casa o en el café, por la mañana o por la tarde, y entretenerse con esos largos relatos truculentos, en los que se describían los rasgos perniciosos de algún asesino, las histerias de alguna loca, las infames sarracinas de algún carnicero, de alguna monja celosa, de algún sepulturero engañado, de alguna condesa que ejerce la prostitución nocturna y recibe al primer ministro por la mañana...

Es curioso, señor Miet: por alguna razón, la muerte nos obliga a lloriquear y a hacer aspavientos, y a darnos golpes en el pecho y embadurnarnos la frente y la cabeza con ceniza... como si no supiéramos que la muerte es lo que ocurre siempre. La gente se muere, mi querido amigo. Y siempre se ha muerto: no debería sorprendernos. La gente tiene la costumbre de morir desde tiempos inmemoriales: una costumbre ancestral. Y, sin embargo, nos conmueve hasta derrumbarnos y nos atrae en los periódicos y en los libros, y nos obliga a leer los obituarios, y a indagar en todos los aspectos luctuosos de esos episodios mortuorios, y a asistir emocionados a los espectáculos fúnebres...

Por eso, cuando supe que había ocurrido *todo aquello*, pensé que el suicidio de aquella muchacha podía ser mi salvación. Aquel año los carniceros sanguinarios habían estado perezosos y no habían ejercido su violencia más que con las chuletas de vaca, los sepultureros engañados habían hecho la vista gorda, las monjas histéricas se llevaban bien con sus hermanas y las condesas de doble vida habían ahorrado lo suficiente como para no entregarse a peligrosos vicios nocturnos. De modo que una joven suicida me permitía imaginar oscuros laberintos que, a su vez, despertarían el gusanillo de la intriga y la curiosidad en los lectores estivales. Con un poco de suerte, la muchacha habría sido seducida por un conde ruso (o aún mejor, un sacerdote ortodoxo ruso) y, al comprender que dicha relación estaba condenada al fracaso, a la vergüenza o a la desesperación, se habría arrojado por los acantilados de Biarritz. Así que *todo aquello* me permitiría tener en vilo a los lectores durante al menos dos semanas.

Sí, claro... naturalmente. Le contaré lo que recuerdo.

Todo aquello... Sí, todo aquello ocurrió el verano de 1925. La cosa empezó con un desgraciado accidente... una bañista inglesa se había visto arrastrada por la corriente y su acompañante, un inglés, y un miembro de la Sociéte des Guides Baigneurs se ahogaron intentando salvarla. El guía se llamaba Paul Fouquet o Fourquet. Y yo diría que eso ocurrió hacia el 23 o 24 de julio. (Siempre hay ahogados en Biarritz. Malas corrientes. Imprudentes. Turistas. Hum). Me llamó Vilko desde Biarritz y me lo contó; le pedí que me hiciera un breve y me lo enviara en el correo de la tarde. Luego yo mismo lo adorné un poco aquí, y procuré que la no-

ticia quedara patética y aterradora, aunque con poco éxito. Los ahogados no tienen buena fama, como los suicidas. ¿Ha leído usted los trabajos del señor Halb- wachs? Muy interesantes.¹²

Y resultó que dos o tres días después, no recuerdo bien —pero podrá encontrar usted la fecha precisa sin dificultad, porque los periódicos hicieron puntual- mente sus crónicas y relataron el caso por extenso... y a veces con excesivo detalle, para el gusto de los espíritus más sensibles—, me volvió a llamar Vilko.

Vilko. ¿No le he dicho quién era Vilko?

Oh.

Vilko era el seudónimo de Paul Villequeau. Era un joven al que yo apreciaba muy sinceramente: escribía artículos de vez en cuando para *La Nouvelle Gazette Illustrée de Biarritz*, pero éste, como los otros cuatro o cinco periódicos de la villa, apenas era más que una hoja mal impresa con los horarios de los trenes de la Gare du Midi y las misas de Sainte Eugénie. La cabe- cera del periódico era tan larga que ocupaba casi la mi- tad de la primera plana, y eso les venía muy bien, por- que casi nunca tenían nada nuevo que contar. El caso es que al joven Vilko aquellas colaboraciones apenas le daban para comer; de modo que si había alguna noti- cia de importancia en la villa, Vilko me llamaba con la esperanza de que yo le encargara redactar un breve, lo cual, por otra parte, solía ocurrir. Me gustaba ese mu- chacho porque explicaba muy bien y con mucha pre- cisión cómo se moría la gente y, al mismo tiempo, era

12. Maurice Halb- wachs (1877-1945); seguramente se refiere a *Les causes du suicide*. Alcan, París, 1930. La entrevista al viejo periodista, según las anotaciones de Georges Miet, se celebró en noviembre de 1938.

brillante en la descripción de los esplendores y elegancias de Biarritz. ¿No le parece curioso? Es como si Caravaggio, especialista en pintar cadáveres tumefactos, contara al mismo tiempo con la habilidad de Boucher o Fragonard y sus finezas rococós. Pero... bueno, el talento recae de manera aleatoria y caótica sobre los periodistas, y Vilko tenía esa particularidad.

Pues bien, le decía a usted que recuerdo perfectamente la llamada de Vilko. Creo que no eran aún las diez de la mañana. La conferencia era un espanto: su voz sonaba como si en el auricular hubiera un insecto aterrizado y enloquecido: «¡En el puerto, señor Montagnard, en el puerto!». Entre chasquidos y chisporroteos, pude adivinar que algo espantoso había ocurrido en el pequeño puerto de pescadores de Biarritz, aunque el pobre Vilko parecía incapaz de decírmelo de una vez. «¡Se la han comido los peces!», le oí gritar al otro lado del auricular. «¿Qué ha ocurrido, Vilko? ¿Me oyes...? ¿Qué ha ocurrido?». Tras una nueva tanda de chisporroteos y zumbidos metálicos, oí la voz temblorosa de mi corresponsal, explicándome lo acontecido: «La muchacha de la librería Operclaritz. Desapareció antes de la galerna. Y esta mañana la han encontrado los pescadores, en el puerto. ¡Muerta!».

¿Le he dicho ya que a mí los muertos me venían muy bien? Ya. Bueno, no importa. Le dije a Vilko: «Ocupate tú. Al precio de siempre: veinte francos; veinticinco, si puedo. Quiero un breve con el correo de la tarde».

La cosa no era tan sencilla como mi corresponsal me había explicado a través del teléfono, en realidad.

La muchacha de la librería Operclaritz se llamaba Aitzane Palefroi y tenía dieciséis años. Efectivamente, había desaparecido dos días antes, o quizá tres, justo antes de una inesperada y espantosa galerna estival; los marineros la encontraron colgando de una de las argollas que utilizan para sujetar las barcas en una dársena del puerto. Por azares del destino —o de la meteorología marítima—, alguna ola la lanzó por encima de los muros del pequeño puerto de pescadores, al parecer, o la arrastró por su embocadura, y en medio de la violentísima tormenta, un pie de la muchacha fue a introducirse por la argolla, donde quedó sujeta y colgando como una muñeca, desnuda y desvencijada. La primera impresión de Vilko fue que tenía la cara comida por los peces, pero tal vez se hubiera despellejado al golpearse con las rocas de la costa o con los muros del puerto. Eso no se podía saber.

Tal y como le había pedido, Vilko me envió el breve con el correo vespertino. Tendrá que buscarlo en alguna biblioteca o en los archivos de *La Petite Gironde*, porque yo no lo tengo.¹³

Aquella noche, después de dejar compuesto el periódico, regresé a casa pensando en los grandes beneficios que rinden las tragedias: el dolor y la muerte de unos es la felicidad y la supervivencia de otros... Recuerdo que, como siempre en estos casos, en mi pecho

13. El breve aparecido en el periódico del 29 de julio de 1925 decía: «Ayer día 28 de julio los pescadores del puerto de Biarritz encontraron el cuerpo cadáver de una joven desaparecida tres días antes en la villa. La joven, de nombre Aitzane Palefroi, tenía dieciséis años y era aprendiz de la librería Operclaritz; apareció desnuda, ahogada y completamente muerta, colgada por un pie en un amarradero de hierro en el dicho puerto. Se ignora en qué circunstancias pudo caer al agua. Vilko-Biarritz».

se entremezclaba la alegría de una perspectiva periodística halagüeña con la visión de aquella canéfora suicida, Aitzane Palefroi, de dieciséis años, desnuda y desvencijada, colgada como una muñeca abandonada de una argolla del puerto de Biarritz.

A la mañana siguiente —tras ciertos presagios oníricos que me advirtieron que la historia de la suicida de Biarritz «tenía folletín»— ordené que hicieran llamar a Marcel Galet, nuestro fotógrafo, y le encomendé la tarea de viajar a Biarritz y fotografiar todo lo que pudiera fotografiarse en relación con el caso de la aprendiz de la librería Operclaritz. Le dije que se pusiera en contacto con Vilko y que trabajaran en el asunto de la muchacha del puerto. Como no le gustaba mucho viajar, tuve que prometerle más dinero del aconsejable y hablé con el gerente para que reservara una partida con el fin de seguir «el caso de la suicida de Biarritz»: tenía para mí que aquellos desvelos nocturnos eran una suerte de señal o indicio de fortuna periodística. Estaba persuadido de que Aitzane Palefroi, de dieciséis años, que apareció colgada de una argolla en el puerto de Biarritz, me proporcionaría más lectores que cien carniceros, monjas, sepultureros y condesas pervertidas.

¿Le he dicho ya que a mí los muertos me venían muy bien?¹⁴

14. Al final de esta entrevista, Georges Miet escribió: «Muchas cosas permanecen y permanecerán durante largo tiempo ignoradas». No se ha podido precisar con exactitud si estas palabras fueron pronunciadas por el señor Montagnard o se trata de una idea personal de Miet o es una cita extraída de algún texto ajeno. El librero Jacques-Julian, de La Catastrophique, que fue consultado a última hora, asegura que se trata de una cita de Darwin, pero, por falta de tiempo, no ha sido posible confirmarlo.